

# Interacción niño, familia, pediatra

Croce, PA

(Homenaje a los Maestros Florencio Escardó y Francisco Maglio)

*Hagan como los niños, en sencillez e inocencia (Mateo 18,3)*

**L**a atención médica es el encuentro entre una necesidad percibida como problema de salud (por el paciente y su familia) y una respuesta instruida, adiestrada, capacitada, vocacionalmente motivada para satisfacerla (el personal de salud).

Dentro de las Ciencias Médicas, la Pediatría no es una Especialidad, sino una Universalidad que atraviesa toda la actividad en salud (profesionales de todas sus disciplinas, técnicos y auxiliares), dedicada a favorecer el devenir más sano posible del ser humano desde la concepción hasta que alcanza la juventud y acompañar a quienes constituyen su familia nuclear, en las múltiples formas con que hoy se configura, en la tarea de criarlo adecuadamente. Interactúa también con todos los demás espacios significativos en los se desarrolla la niñez del paciente: guardería, escuela, enseñanza extracurricular, iglesia, club, etc.

A los pediatras nos enseñaron Ciencia Médica en la Facultad; aprendemos cotidianamente en el Hospital, entre pequeños pacientes, junto a colegas más avezados, los Maestros, el Arte de la Medicina y en ocasiones accedemos a vislumbrar algunos destellos de Sabiduría, reflexionando sobre nuestro quehacer diario. En los Hospitales Pediátricos, el niño aporta a su encuentro con la medicina virtudes que afortunadamente nos transmite, mejorando la asistencia que recibe y a las personas que en ella intervenimos.

Expresa su **asombro**, la capacidad de ser atraído, maravillado, confundido, atrapada su atención por la circunstancia novedosa que se le presenta. Explora, examina, trata de comprender a cada persona, situación o cosa que percibe. Dispara entonces su interpretación plena de imaginación creativa, original, desconcertante para el pensamiento adulto, de lo que ve. Si conseguimos imitarlo, evitar el tedio que impone la rutina y la supuesta sapiencia que nos da la experiencia y pudiésemos acercarnos a cada realidad con la mente fresca, abierta, sin prejuicios, como la de él, aprenderíamos más de cada paciente con sus características comunes a otros semejantes y las particularidades que lo hacen único, con más criterio ejerceríamos el arte de la Medicina y mejores y más eficaces profesionales seríamos.

La **ternura** es el recurso que la naturaleza provee al niño para que genere en los adultos los impulsos de contención, protección, ayuda, cuidado, guía que su condición de persona en crecimiento, desarrollo, maduración, requiere de sus mayores; supera así los

riesgos de vulnerabilidad y dependencia, característicos de su edad. Percibida por el personal hospitalario, nos genera, en espejo, una ternura recíproca hacia el niño, que reverbera en círculos virtuosos, profundizando la empatía enriquecedora del encuentro médico-paciente.

El buen pediatra a medida que desarrolla la asistencia consigue reducir el recelo que la presencia de circunstancias, lugares, personas y elementos extraños originan en el niño. Vencida esa primera actitud de alerta se manifiesta en el pequeño paciente, sobretodo si está criado en un hogar adecuado, la **confianza** que nace del trato respetuoso, cordial, prudente, solidario que le brindamos. Se forma así un equipo entre el paciente, su familia y el personal de salud destinado a trabajar por el bienestar del niño y que la comunicación fluida consigue solidificar. La existencia de tiempos y espacios suficientes, facilitan la aparición y mantenimiento de esos imprescindibles lazos.

El niño intuye que tiene mejores alternativas que los adultos para superar la mayoría de los efectos indeseables de las patologías. Su intenso impulso vital, la sensación de que siempre va a disponer de una ilimitada cantidad de tiempo para sí, la convicción de que sus fuerzas y capacidades se incrementan constantemente, sus logros y progresos, el esfuerzo e interés que pone en sus juegos y aprendizajes y el placer que en ellos obtiene, todo lo lleva a colocar entusiastas esperanzas en su **futuro**, que siempre parece que va a ser mejor. En la enorme mayoría de los niños, proteger la salud que tienen, recuperar la parte de ella que han perdido, compensar o atenuar los efectos de la enfermedad, estimular al máximo las potencialidades que su equipamiento genético permite, asegura a la comunidad contar para el día de mañana con jóvenes y adultos más sanos, mejor predispuestos a participar, más útiles, creativa, integrada y solidariamente en la formación de una sociedad que alcance niveles superiores de desarrollo humano y una población con mayor cantidad de años plenamente productivos.

Los niños también traen a la consulta aspectos desfavorables que el equipo de salud debe pesquisar, recepcionar, elaborar, acotar y minimizar, para reducir el daño que eventualmente le pueden producir.

En primer lugar el **miedo** tanto a la enfermedad en sí como a los procedimientos médicos y paramé-

cos que la atención requiera, con la cuota de dolor que a menudo incluyen; a la eventual disciplina que la organización hospitalaria impone, a la reducción de su privacidad y al alejamiento de sus lugares de pertenencia en caso de internación. El niño merece ser informado de su condición de salud con la mayor sinceridad que sea capaz de asimilar, expresada en forma tranquilizadora y comprensible, según el grado de desarrollo cognitivo que haya adquirido. Le interesará el diagnóstico, el pronóstico, los estudios a los que deberá someterse, la duración total del proceso, el tratamiento y también cualquier otra medida que interfiera sobre sus hábitos y estilos de vida.

La misma dedicación que se pone en obtener el consentimiento informado de los padres para todos los procedimientos médicos, se usará para lograr el asentimiento y la colaboración del niño. Cada noticia que tengamos sobre su salud y estrategia terapéutica la iremos brindando a un ritmo apropiado, procurando que esta información sea un factor que contribuya a contar con su colaboración, a fin de lograr la mejor recuperación posible de su salud. Hoy con un simple teléfono celular puede buscar el significado de la palabra más hermética. Debemos escogerlas cuidadosamente, para que expresen lo que exactamente queremos transmitir. La atención a desarrollar se elegirá por ser la más segura y eficaz y la menos invasiva que la situación permita.

El tiempo que dura la enfermedad, en especial si requiere alguna clase de reposo y sobretodo internación, limita la actividad propia de la infancia y coloca al niño, aunque sea transitoria y sólo funcionalmente, en una situación de **discapacidad**. Aún en el caso que la enfermedad le produzca astenia e hipodinamia o reduzca su movilidad por el dolor, mientras el niño se mantenga consciente, la situación lo desanima. Debemos guiarlo para que en cada etapa evolutiva de su patología desarrolle la máxima actividad que facilite su recuperación, estimule su ánimo, le permita valorar la cantidad de salud que conserva y continuar con el progreso que su condición de niño le impone. Para ello tenemos que alcanzarle hasta su lecho de enfermo la compañía, el entretenimiento, la escolaridad, la capacitación extracurricular, la recreación que lo contenga, lo distraiga, lo motive, dé sentido a sus horas de enfermedad. Los aparatos electrónicos, con la orientación cariñosa de los adultos, son hoy un recurso de múltiples utilidades al respecto.

Tan pronto como sea prudente se lo llevará a espacios comunes con otros niños y a los jardines, para que retome las actividades propias de su edad. No

siempre ocurre que llegue a recuperar su condición previa a la velocidad deseable. Kinesiología, Foniatría, Salud Mental, Servicio Social, Terapia Ocupacional, Escuela Hospitalaria y Domiciliaria, el Servicio de la Religión que profese, Voluntariado, Payamédicos, familiares y allegados, durante la internación y luego en ambulatorio, tendrán su papel en recuperar su ánimo y estimular la rehabilitación de sus capacidades o, de no ser posible el "restituto ad integrum", la readaptación de sus recursos restantes, considerando que la resiliencia es una virtud más poderosa en la niñez que en la edad adulta. Vale la pena intentar todos los resortes lógicos para acrecentar la salud de aquellos en los que la enfermedad y sus secuelas obstaculizan los proyectos vitales.

Ni siquiera en la niñez la medicina puede obtener la sobrevida de todos los pacientes. Existen malformaciones, enfermedades, accidentes o complicaciones que comprometen tan severamente, la salud del paciente que la **muerte** es el horizonte irreversible de la evolución a corto plazo de la patología.

Asegurado el pronóstico de condición terminal en forma irrefutable por el equipo de salud, la tarea médica no finaliza. Al contrario, reconociendo con humildad las limitaciones del progreso científico, incapaz de impedir esta situación, usando nuestra más poderosa herramienta asistencial: la humanidad de nuestro accionar, el equipo profesional asume la más delicada responsabilidad: acompañar al muriente.

Se abandonará todo tratamiento agresivo que carezca de posibilidades de revertir el pronóstico. Se evitará prolongar la agonía penosa y sin sentido para el paciente. Se privilegiará su calidad de vida, la dignidad de su condición de persona, sus necesidades de confort, libre de dolor, de síntomas molestos e interferencias innecesarias. Se escucharán sus deseos, expresados en palabras, gestos y silencios. Se brindará la información útil y soportable que solicite. Se respetará la autonomía que conserve.

Se lo rodeará de sus afectos más significativos, se proveerá a sus necesidades biológicas, psicológicas, sociales y espirituales; se lo ayudará a elaborar sus sufrimientos y a comunicar sus vivencias. Estaremos presentes con nuestra contención y nuestro consuelo. Permaneceremos atentos a sus demandas hasta el último momento. Protegeremos su condición de ser humano aún después del deceso. Daremos a la familia y allegados la oportunidad de comenzar el duelo. Solo así cumpliremos cabalmente con el compromiso asumido en el Juramento Hipocrático.